



Fata Morgana

Natalia Addiechi

Una vez al mes, casi religiosamente, salíamos temprano en el Citroën para ir a las mueblerías de Buenos Aires: mis viejos estaban construyendo la casa y buscaban sillas, sillones y camas. Después de recorrer la avenida Belgrano hasta tener los pies ampollados, me llevaban al Itaipark, donde me olvidaba de las ampollas y de las plantillas ortopédicas.

Mis preferidos eran los autitos chocadores; siempre había cola, pero no me importaba. Cuando sacaban la cadena, corría a un autito -a uno rojo o uno negro, al amarillo no porque tenía el acelerador pinchado-, me subía, me ajustaba el cinturón y esperaba que sonara el timbre: recién entonces arrancaban. Mi juego consistía en ir contra la corriente: esquivaba a quienes querían chocarme.

De ahí, salía para las tazas locas. Me gustaba sentarme y dejar a la taza desplazarse lenta, ver las caras de los otros dando vueltas al manubrio hasta marearse. Me tomaba las cosas con calma, como si fuera una taza de té que hay que sorber despacito para no quemarse y calentarse las manos de paso.

Justo enfrente estaba el pulpo, verde y naranja, con el ceño fruncido, que yo evitaba. Mientras rotaba, subía y bajaba los tentáculos. Ni siquiera me atrevía a mirarlo porque había visto gente grande vomitar.

Entonces se encendían las luces y la música sonaba más fuerte y los globos metalizados de helio brillaban y el caramelo de las garrapiñadas era más dulce.

Me iba al cohete espacial que se movía hacia delante, hacia atrás, a un costado y al otro, según la película que proyectaran. Mi viejo se escapaba al Monza; al salir del cohete mi vieja me llevaba a las piraguas. Era una calesita, sin caballos ni elefantes ni aviones: sólo canoas, las piraguas, en un estanque. A los chicos no les gustaban: no había luces ni música ni sortija, por eso estaban casi escondidas. Me sentaba, acariciaba el agua mansa, me mojaba los dedos y cerraba los ojos. Era esa mezcla de excitación y serenidad, parecida a la seguridad del que se sabe satisfecho, de que el próximo mes volvería a los autitos, a las tazas, al cohete, de creer que el mundo está quieto y los únicos que giran son los juegos, de creer que el tiempo se suspende.

Al rato, aparecía mi viejo y nos llevaba al Cinema 180: ya conocíamos todas las películas, sin embargo, no dejaba de darnos vértigo el sentirnos en la primera fila de una montaña rusa o en un tren bala o un fórmula uno. Mi vieja se descomponía, a la mitad tenía que salir, tal vez a fumar un pucho.

Cerca estaba Dumbo, con las orejas como alas. Yo llevaba la palanca bien abajo; Dumbo subía. Mis viejos me saludaban, me hacían señas para que no me mantuviera en lo más alto sino que jugara a subir y bajar, como los demás, pero a mí no me gustaban los altibajos ni el griterío ni los adultos.

El laberinto de cristal me aburría un poco: ya lo había aprendido; en cambio, los espejos me provocaban mucha risa. Me preguntaba si acaso de grande me vería de esa manera: alta, chiquita, ancha, delgada, arrugada, joven, con plantillas, sin plantillas, monstruosa. Quizás así me vieran los alumnos ahora.

Entraba a casi todos los juegos salvo dos: las sillas voladoras y el tren fantasma. Uno porque me daba dolor de panza; el otro porque había tenido pesadillas durante tres meses.

Se hacía la hora de cenar, mi viejo me daba la mano para no perderme entre la gente, aunque me sentía en casa, y entrábamos al comedor. Milanesas con puré –nunca comí un puré tan rico como el del Italpark- y flan con dulce de leche. En el fondo del comedor estaba Fata Morgana: una gitana mecánica que practicaba la quiromancia y se llevaba mis pocas moneditas. En la mesa, mis viejos hablaban de los muebles y de la casa, de los precios, del crédito, del trabajo. Mamá fumaba un pucho o dos; papá pedía un cortadito. Como había que esperar a hacer

la digestión, me paraba frente a la caja de cristal, introducía la ficha en la ranura y apoyaba las palmas bien abiertas sobre las manos de Fata Morgana que sobresalían de la caja. El traje morado se iluminaba, abría los ojos profundos de lechuza y me hablaba:

-El destino es inevitable.

Tal vez, si hubiera entendido lo que decía su voz automática, le habría hecho caso. Pero ella terminaba la frase y quedaba a oscuras nuevamente; yo, también.

Volvía a la mesa, convencía a mi viejo de que me acompañara a la rueda de la fortuna. Nunca comprendí por qué se llamaba rueda de la fortuna hasta este momento: una vez estás arriba, otra abajo, y girás y girás como en la vida, sin respiro, de un lado a otro, de una escuela a la otra sin sentido. Girás porque el mundo es cíclico, porque las edades se suceden y hoy vas al Itlapark y mañana crecés y te levantás temprano para ir a dar clases, pero en aquel tiempo no lo sabía, creía que el Itlapark iba a durar para siempre.